

CAPITULO XLIX.

Las murmuraciones.



AS miradas de los dos jóvenes se encontraron, y los dos experimentaron una inmensa emoción al hallarse.

Algunos pajes que iban al lado de Diego, al ver á la joven, cuchichearon entre sí, y oyó decir á uno de ellos:

—Ved á la hija del rey.

Aquella frase la recogió, proponiéndose pedir explicaciones al que la habia proferido.

Diego no pudo separarse de la comitiva, y aunque con sentimiento suyo, tuvo que renunciar por entónces á saber dónde podria encontrar á la joven.

Sin embargo, la esperanza renació en su alma.

—Yo la hallaré, se dijo.

Trasladáronse los reyes con la comitiva á palacio, y aquel dia se celebró con grandes fiestas el completo restablecimiento del rey.

Diego no habia olvidado quién era el paje que habia pronunciado al salir de la iglesia la frase que tanto efecto le habia producido.

Era una joven de muy buena familia, llamado Mendo de Algora, tambien al servicio del infante don Juan, pero muy calavera y gran amigo de los más pervertidos escuderos de palacio.

En vez de salir de su habitacion y tomar parte en los regocijos, permaneció solitario, proponiéndose al anochecer buscar á Mendo para interrogarle.

Entre tanto no cesaba de recordar lo que habia oído: ¡La hija del rey! exclamaba á cada instante.

Las apariencias demostraban que aquella aseveracion era cierta.

En efecto; una joven enlutada ir á la antecámara de palacio á informarse con la mayor ansiedad de la salud del rey, y sin más compañía que la de una dueña. . . .

No habia duda; María era el fruto legítimo del amor del monarca.

A pesar de la poca experiencia que tenia del mundo el joven paje, dos sentimientos se despertaron en su alma.

Si era, en efecto, aquella joven la hija bastarda del rey, debia haber sufrido mucho.

Le habian faltado los cariños de un padre, acaso habia vivido separada de la autora de sus dias, y en este caso al amor se unia la piedad, para desear la ventura de María.

Pero por otra parte pensaba, que siendo la hija del rey, grandes debian ser las dificultades que se opusieran á su amor.

Estas consideraciones las destruia con una reflexion.

—Bien puede ser una calumnia, se decia; el rey es incapaz de labrar la desdicha de nadie, y por otra parte, si ella fuera su hija, en vez de tenerla al lado suyo la alejaria, y ella, en vez de buscarle, en vez de informarse con tanto interes por el estado de su salud, para evitar toda clase de sospechas, preferiria la duda misteriosa á la certeza acusadora.

Al terminar la cena:

—Amigo Mendo, dijo Diego á su camarada, estamos libres de servicio, y si quisierais me hariais mucho honor acompañándome á pasear.

—Con mucho gusto, contestó el jóven.
Y descendiendo al patio de palacio pasearon bajo las arcadas de uno de los claustros.

—¿Puedo saber á qué debo la honra que me haceis, dijo Mendo, vos, el más juicioso de los pajes del infante, en reuniros à mí, que gozo fama de ser el más travieso de todos?

—Porque os conozco á fondo, porque sé que bajo esa aparente ligereza [que os caracteriza poseeis un buen corazon, deseo vuestras amistad.

—Apuesto ciento contra uno à que estais enamorado.

—No os equivocais.

—Pláceme que seais franco; otro cualquiera hubiera negado.

—Cuando busco un amigo, debo, para adquirirle, darle ántes prueba de mi amistad.

—Vengan esos cinco.

—Con el alma y con la vida.

—Ahora soy vuestro.

—Pues bien, dijo Diego; al salir esta mañana del templo, ¿no habeis visto á la puerta una jóven enlutada?

—¡Pues no he de verla! Si es la mujer más hermosa que hay hoy en Barcelona, ¿cómo no quereis que me haya fijado en ella?

—Yo tambien me he fijado.

—Pues qué, ¿no la habeis visto cuando estaba el rey enfermo, venir todos los dias á preguntar por él?

—Sí, pero entónces no reparé en ella, dijo Diego, para no entregarse por completo à su camarada.

—Pues, amigo mio, habeis estado ciego, no hay uno solo de los pajes que no se haya enamorado perdidamente de esa jóven y que no haya renunciado á hacerla la corte, desde que han sabido....

—¿Lo que vos habeis dicho al salir de la iglesia?

—Precisamente: que es hija bastarda del rey.

—¿Y estais seguro de ello?

—Segurísimo; á todas partes ha seguido á la corte desde que salimos de Santa Fe: siempre vive en los alrededores de palacio, y los más curiosos aseguran que han visto al rey ir alguna que otra vez á visitarla, se conoce que la quiere mucho, que la vigila, y como si cualquiera de ellos se hubiera acercado á ella, lo habria sabido, ninguno se ha atrevido, y os aconsejo que hagais lo mismo: adorarla de léjos, porque de cerca correis peligro de caer en la desgracia del rey.

—¿Pero cómo sabeis que es su hija? insistió Diego.

—Así nos lo ha contado uno de los escuderos más viejos.

¿No conoceis á Pero Perote?

—Sí.

—Pues él, que sabe todos los misterios de palacio, puede informaros mejor que yo, porque aunque tiene mucho de embustero, siempre dice alguna verdad entre sus mentiras. Por lo demas, yo vuelvo á aconsejaros que desistais de ese amor que ha nacido de una mirada, porque os costaria caro. Contentémonos con verla de léjos, porque su hermosura no se ha hecho para nosotros.

—No olvidaré el consejo, dijo Diego, y si algo siento perder una esperanza, me complace la idea de que al perderla he ganado un amigo.

—Un amigo de todo corazon; sois quizá el único que me ha llegado á comprender. Contad conmigo para todo.

Mendo hablaba con sinceridad, pero no habia podido dominar la duda en el corazon de Diego.

Necesitaba no solo averiguar la verdad de aquel enigma sino conocer á fondo la historia de María, saber dónde podria encontrarla, y consagrarla toda su vida, porque sentia que sin ella no podria haber felicidad para él.

Apénas se separó de Mendo, se dirigió maquinalmente hácia uno de los zaguanes de palacio, donde sabia que se reunian los escuderos, y por fortuna suya, porque no llevaba otro objeto, halló á Pero Perote conversando con un paje del duque de Medinaceli, que á la sazón aguardaba á su amo, que se hallaba en la régia cámara.

—¿A dónde va á estas horas por aquí el paje Diego Colon? dijo Perote, tendiendo la mano al hijo del ilustre marino.

—Estoy libre de servicio, é iba á salir un poco hácia la playa.

—Ya he notado yo estos dias que necesitais aire para respirar, y eso, á mí, que soy viejo y conocedor de los jóvenes, me demuestra que estais enamorado.

—No lo creais.

—Soy perro viejo ya.

—Os aseguro que no lo estoy.

—Eso lo asegurais porque creéis que no os observan los que os quieren; pero hoy, sin más ir léjos, os he sorprendido suspirando en los momentos en que fijabais vuestros ojos en una jóven que merecia el suspiro, porque es sin duda alguna la obra más perfecta de Dios.

Y como las mejillas de Diego se encendieran al oír estas palabras:

—¡Eh! ¿Qué tal? ¿Veis como no me equivoco? ¿Ya os habeis puesto colorado? No es para tanto la cosa; no hay quien vea á esa jóven que no se prende de ella.

—No sé á quién aludís, dijo Diego.

—A la hija del rey.

—¿A quién? ¿á esa jóven enlutada que cuando el rey estaba enfermo venia á preguntar todos los dias por él? dijo el paje del duque de Medinaceli, terciando en la conversacion.

—La misma.

—¿Y decís que es hija del rey?

—Pues es claro; esto no lo decimos en alta voz, pero no hay un solo servidor en palacio que no lo sepa.

—Pues estais atrasados de noticias.

Diego, con ardiente interes, se acercó más al grupo de los hombres, y oyó con avidez su conversacion.

—Os digo que no es la hija del rey.

—Y yo afirmo que sí.

—¿Cuáles son vuestros antecedentes para creerlo?

—Los de que cuando llegó á Sevilla salió el rey una noche con su montero mayor, que era gran amigo mio, le llevó hasta una casa de pobre aspecto, le hizo aguardar á la puerta, y despues de un gran rato salió muy conmovido de allí.

El montero, que queria averiguar quién vivia en la casa, pasó dos ó tres dias despues por delante de ella, vió salir á una jóven, y preguntando quién era, le dijeron: «Es la hija de un gran señor.» ¿Qué duda habia? la hija del rey.

—¿Y qué más?

—Derpues ha seguido á la corte á todas partes.

—¿Y qué más?

—Nada más; me parece que esto basta.

—Sois un pobre hombre, señor Pero Perote; ¿quién os ha dicho que la que parece ser su hija no puede ser su amante?

—¡Mentís como un villano! exclamó Diego sin poder contenerse.

Pronunciar estas palabras y brillar en el aire dos dagas todo fué uno.

El escudero se interpuso entre los dos pajes.

Pero ya era tarde.

Diego acababa de recibir una herida en el brazo derecho. Temeroso de lo que pudiera sucederle, habia huido el paje del duque de Medinaceli.

La herida de Diego no era de consideracion, y el escudero, llevándole á su aposento, le curó del mejor modo posible.

Nada se hubiera sabido de aquel suceso, si la comezon de hablar de Pero Perote no le hubiera impulsado á referir á todos los servidores de palacio lo que habia sucedido.

La noticia circuló por la ciudad, pero afortunadamente para Diego y para el paje del duque de Medinaceli, no llegó ni á los oidos del rey ni á los del duque.

Diego no tuvo que guarda cama.

Pero estaba muy triste.

Mayor era la herida que habia recibido su corazon que la que habia recibido en el brazo.

Los dias que no estaba de servicio salia al anochecer hácia la playa, se paseaba solitario, y volvía, no á dormir, sino á pasar la noche en el insomnio, pensando en María.

Una tarde empezaba á anochecer.

Se acercó á él una niña de ocho á nueve años, vestida pobremente, y le pidió una limosna.

Diego saco de la escarcela una marvedí de plata y se lo dió.

—Dios se lo pague, buen caballero, dijo la niña.

Y ofreciéndole una rosa:

—Tomad, añadió, esto me ha dado para vos quien no os olvida nunca.

Sorprendido Diego, quiso interrogar á la niña, pero desapareció instantáneamente.

Su corazon le dijo en seguida quién era quien le enviaba aquella flor.

Dos dias despues volvió á la playa á la misma hora que vió á la niña.

—¿Me conoceis? la preguntó.

—Sí; habeis sido muy bueno para mí.

—¿Cómo llegó á tus manos aquella rosa?

—No puedo decíroslo.

—Y si yo te prometiese guardar siempre el secreto ¿me lo dirias?

—¡Oh! ¡no!

—¿Y si sufriese mucho y pudieras calmar mi sufrimiento con esa confesion?

—Entónces

—Pues bien; habla, habla por Dios, niña, dime quién te ha dado aquella rosa para mí.

—Mi protectora, el ángel de mi guarda.

—¿Sabes su nombre?

—María.

—Sí, es ella; pensó Diego. ¿Dónde vive?

—Lo ignoro.

—No me engañes.

—Os juro que no lo sé.

—¿Pues cómo la conoceis?

—Yo soy huérfana, señor, huérfana como ella. Mi pobre abuela es muy anciana, está postrada en el lecho, y todos los dias me envía á pedir limosna á la puerta de la catedral.

Una mañana pasó mi protectora y fijó sus ojos en mí; se informó de mi situacion, y desde entónces todos los dias me reconoce, todos los dias me acaricia; pero no sé quién es ni dónde vive.

Diego se informó de la hora en que iba á la iglesia María, y desde el dia siguiente fué á la catedral.

Pero no la vió.

La niña estaba á la puerta.

—Hoy no ha venido, le dijo con tristeza al reconocerle.

Al dia siguiente fué al templo, y tampoco pareció María. Trascurrió una semana, y María no fué en toda ella.

La pobre niña lloraba amargamente.